

LA ENEIDA, de Virgilio

(fuente: Wikisource)

LIBRO II

Resumen:

[Arriban las naves de los troyanos a Cartago, la tierra de la reina Dido. A petición de la propia reina, cuenta Eneas a Dido el incendio de Troya y los horrores de la noche fatal en que, a los diez años de asedio, la entraron los griegos a sangre y fuego validos del colosal caballo, en cuyo vientre emboscó Ulises a sus más valerosos capitanes, y que los troyanos mismos, engañados por el astuto Sinón, introdujeron en la ciudad. Penetra el fatal caballo en Troya por la brecha abierta al efecto, y llegada la noche, salen de su vientre los griegos y se desparraman por toda la ciudad, causando horrible estrago.— Aparécese a Eneas en sueños la sombra de Héctor¹, le anuncia el desastre de la patria y le entrega la estatua de Vesta y el fuego sagrado. Perdido el regio alcázar, resuelve Eneas abandonar la ciudad. Se encuentra con Hélena² y quiere inmolarla, propósito de que le aparta Venus, aconsejándole que salve a su padre, a su esposa y al niño Ascanio³, última esperanza de la patria. La esposa de Eneas, Creúsa, se le pierde en la confusión, la buscan inútilmente y finalmente se le aparece su sombra para anunciarle que ya no existe. Eneas sale por fin de la ciudad, llevando de la mano a su hijo y en hombros a su anciano padre, y se encamina a las montañas.]

Fragmento I. Los griegos dejan el caballo y fingen abandonar Troya.

Callaron todos, puestos a escuchar con profunda atención, y en seguida el gran caudillo Eneas habló así desde su alto lecho:

"Mándasme ¡oh Reina! que renueve inefables dolores, refiriéndote cómo los Dánaos⁴ asolaron las grandezas troyanas y aquel miserando reino; espantosa catástrofe, que yo presencié y en que fui gran parte.

Quebrantados por la guerra y contrariados por el destino en tantos años ya pasados, los caudillos de los Griegos construyen, por arte divino de Palas, un caballo tamaño como un monte, cuyos costados forman con tablas de abeto bien ajustadas, y haciendo correr la voz de que aquello es un voto para obtener feliz regreso, consiguen que así se crea. Allí, en aquellos tenebrosos senos, ocultan con gran sigilo la flor de los guerreros, designados al efecto por la suerte, y en un momento llenan de gente armada las hondas cavidades y el vientre todo de la gran máquina.

"Hay a la vista de Troya una isla, llamada Ténedos. Allí avanzan los Griegos y se ocultan en la desierta playa, mientras nosotros creíamos que habían levantado el campo. Con esto, toda Troya empieza a respirar tras su largo luto. Ábrense las puertas; para todos es un placer salir de la ciudad y ver los campamentos dóricos, los lugares ya libres de enemigos y la abandonada playa. Unos se maravillan de la enorme mole del caballo, siendo Timetes el primero en aconsejar que se lleve a la

1 Príncipe troyano muerto en la guerra. Es un fantasma. Volverá a aparecerse a Eneas en el Inframundo.

2 Causante de la guerra. Si no recuerdas la historia de Helena y Paris busca información.

3 Hijo de Eneas.

4 Los griegos.

ciudad y se coloque en el alcázar. Pero los más avisados, querían, o que se arrojase al mar aquella traidora celada, sospechoso don de los Griegos, o que se le prendiese fuego por debajo, o que se barrenase el vientre del caballo y registrasen sus hondas cavidades. El inconstante vulgo se divide en encontrados pareceres.

Baja entonces corriendo del encumbrado alcázar, seguido de gran" multitud, el fogoso Laoconte, el cual desde lejos, "¡Oh miserables ciudadanos!" empezó a gritarles: ¿Qué increíble locura es esta? ¿Pensáis que se han alejado los enemigos y os parece que puede estar exento de fraude don alguno de los Dánaos? ¿Así conocéis a Ulises? O en esa armazón de madera hay gente aquiwa oculta, o se ha fabricado en daño de nuestros muros, con objeto de explorar nuestras moradas y dominar desde su altura la ciudad, o algún otro engaño esconde. ¡Troyanos, no creáis en el caballo! ¡Sea de él lo que fuere, temo a los griegos hasta en sus dones!"



LIBRO IV

Resumen: [Perdidamente enamorada de Eneas, descubre Dido a su hermana Ana la pasión que la abrasa.— Juno suscita una tempestad, durante la cual Eneas y Dido, extraviados en una cacería, se encuentran en una cueva, donde se consuma su himeneo⁵. Júpiter envía desde el cielo a Mercurio para llevar a Eneas la orden de abandonar el África y dirigirse a Italia.—Prepara Eneas secretamente la partida. Dido, le acosa con sus súplicas, acerbos reconvenciones y amenazas, sin lograr disuadirle, hasta que resuelve por último quitarse la vida; y aparentando que va a ofrecer un gran sacrificio a los dioses infernales, se traspasa el pecho con la espada de Eneas.

5 Relación matrimonial.

Fragmento 2.- La pasión amorosa de Dido.

En tanto la Reina, presa hacía tiempo de grave cuidado, abriga en sus venas herida de amor y se consume en oculto fuego. Continuamente revuelva en su ánimo el alto valor del héroe y el lustre de su linaje; clavadas lleva en el pecho su imagen, sus palabras, y el afán no le consiente dar a sus miembros apacible sueño.



Fragmento 3.- El suicidio de Dido.

Entre tanto Dido, trémula y arrebatada por su horrible proyecto, revolviendo los sangrientos ojos y jaspeadas las temblorosas mejillas, cubierta ya de mortal palidez, se precipita al interior de su palacio, sube furiosa a lo alto de la pira y desenvaina la espada de Eneas, prenda no destinada ¡ay! a aquel uso. Allí, contemplando las vestiduras troyanas y el conocido tálamo⁶, después de dar algunos momentos al llanto y sus recuerdos, reclinóse en el lecho y prorrumpió en estos postreros acentos: "¡Oh dulces prendas, mientras lo consentían los hados y un dios, recibid esta alma y libertadme de estos crudos afanes! He vivido, he llenado la carrera que me señalara la fortuna, y ahora mi sombra descenderá con gloria al seno de la tierra. He fundado una gran ciudad, he visto mis murallas. Vengadora de mi esposo, castigué a un hermano enemigo. ¡Feliz, ¡ah! demasiado feliz con sólo que nunca hubiesen arribado a mis playas las dardanias⁷ naves!" Dijo, y besando el lecho. "¡Y he de morir sin venganza! exclamó. Muramos: así, así quiero yo descender al abismo. Apaciente sus ojos desde la alta mar el cruel Dardanio⁸ en esta hoguera, y lleve en su alma el presagio de mi muerte." Dijo, y en medio de aquellas palabras, sus doncellas la ven caer a impulso del hierro, y ven la espada llena de espumosa sangre y sus manos todas ensangrentadas. Inmenso clamor se levanta en todo el palacio; cual bacante, la Fama recorre en un momento toda la aterrada ciudad; retiemblan todos los edificios con los sollozos y los alaridos de las mujeres; resuena el éter con grandes lamentos, no de otra suerte que si Cartago toda entera o la antigua Tiro se derrumbasen, entregadas al enemigo, y cundiesen furiosas llamas por casa y templos.

⁶ El lecho conyugal que ha compartido con Eneas.

⁷ Las naves de los troyanos.

⁸ Se refiere a Eneas. "El cruel Eneas".

LIBRO VI

Resumen: [Llegada de Eneas a la costa de Italia; se encamina a la cueva de la Sibila, y oído su oráculo, implora de ella que lo conduzca a las mansiones infernales para ver a su padre Anquises.—Respuesta de la Sibila.—Eneas descubre el ramo de oro que debía ofrecer a Proserpina⁹, y, acompañado de la Sibila, baja a los infiernos. Prosiguiendo su camino, llegan a la laguna Estigia, que cruzan en la barca de Caronte, adormece la Sibila al Cancerbero¹⁰ con una torta de miel y adormideras y llegan a los Campos llorosos, donde se encuentran a Dido y a una multitud de guerreros muertos en la guerra de Troya. Descripción del Tártaro¹¹, donde padecen horribles tormentos los grandes criminales.—Pintura de los Campos Elíseos, morada de los héroes y de los grandes bienhechores de la humanidad; en ellos encuentra Eneas a su padre Anquises, el cual le explica el origen del mundo, los misterios de la otra vida y le revela los altos destinos reservados a sus descendientes.—Elogio admirable del joven Marcelo, yerno de Augusto.—Sale Eneas de los infiernos por la puerta de marfil.]

Fragmento 4.-El descenso a los Infiernos



Solos iban en la nocturna oscuridad, cual caminantes en espesa selva a la incierta claridad de la luna, cuando Júpiter cubre de sombra el firmamento y la negra noche roba sus colores a todas las cosas. En el mismo vestíbulo y en las primeras gargantas del Orco¹² tienen sus guaridas el Dolor y los vengadores Afanes; allí moran también las pálidas Enfermedades, y la triste Vejez, y el Miedo, y el Hambre, mala consejera, y la horrible Pobreza, figuras espantosas de ver, y la Muerte, y su hermano el Sueño, y el Trabajo, los malos Goces del alma. Vense en el fondo del zaguán la mortífera Guerra, los férreos Tálamos de las Euménides y la insensata Discordia, ceñida de sangrientas ínfulas la serpentina cabellera.

En el centro despliega sus añosas ramas un inmenso olmo, y es fama que allí los vanos Sueños, adheridos a cada una de sus hojas. Moran además en aquellas puertas otras muchas monstruosas fieras, los Centauros, las biformes Escilas y Briareo el de los cien brazos, y la Hidra de Lerna con su espantoso silbido, y la flamígera Quimera, las Górgonas, las Arpías y aquella alma que animó tres cuerpos. Herido en esto de súbito terror, requiere Eneas la espada y presenta su punta a todo lo que se le acerca; y si su compañera, conocedora de aquellos sitios, no le advirtiese que aquellas formas que veía revolotear en contorno eran vanos fantasmas, embistiera con ellas, esgrimiendo inútilmente su espada en el vacío.

De allí arranca el camino que conduce a las olas del tartáreo Aqueronte, vasto y cenagoso abismo, que perpetuamente hierve y vomita todas sus arenas en el Cocito. Guarda aquellas aguas y aquellos ríos el horrible barquero Caronte, cuya suciedad espanta; sobre el pecho le cae desaliñada luenga barba blanca, de sus ojos brotan llamas; una sórdida capa cuelga de sus hombros, prendida con un nudo: él mismo maneja su negra barca con un garfio, dispone las velas y transporta en ella los muertos, viejo ya, pero verde y recio en su vejez, cual corresponde a un dios. Toda la turba de

9 Esposa de Plutón y, por tanto, diosa de los Infiernos o el Inframundo, el lugar donde habitan los muertos.

10 Perro de tres cabezas, guardián de los Infiernos.

11 Otra manera de denominar el Inframundo.

12 También se refiere a los Infiernos, el Tártaro, el Averno o el Inframundo.

las sombras, por allí difundida, se precipitaba a las orillas: madres, esposos, héroes magnánimos, mancebos, doncellas, niños colocados en la hoguera a la vista de sus padres, sombras tan numerosas como las hojas que caen en las selvas a los primeros fríos del otoño, o como las bandadas de aves que, cruzando el profundo mar, se dirigen a la tierra cuando el invierno las impele en busca de más calurosas regiones. Apiñados en la orilla, todos piden pasar los primeros y tienden con afán las manos a la opuesta margen; pero el adusto barquero toma indistintamente, ya a unos, ya a otros, y rechaza a los demás, alejándolos de la playa.



Sorprendido y conturbado en vista de aquel tumulto, "Dime, ¡Oh virgen! pregunta Eneas, ¿Qué significa esa afluencia junto al río? ¿Qué piden esas almas? ¿Y por qué distinción esas tienen que apartarse de la orilla y esotras surcan esas lívidas aguas?".

En estos términos le responde brevemente la anciana sacerdotisa: "Hijo de Anquises, verdadera progenie de los dioses, viendo estás los profundos estanques del Cocito y la laguna Estigia, por la cual los mismos dioses temen jurar en vano. Esta turba que tienes delante es la de los miserables que yacen insepultos: ese barquero es Caronte, esos a quienes se llevan las aguas, los que han sido enterrados, pues no le es permitido transportar a ninguno a las horrendas orillas por la ronca corriente antes de que sus huesos hayan descansado en sepultura: cien años tienen que revolotear errantes alrededor de estas playas; admitidos entonces por fin, logran cruzar las deseadas olas.

Fragmento 5.-Eneas y la Sibila llegan al Tártaro tras cruzar la laguna Estigia en la barca de Caronte.

Al fin desembarcó felizmente en la opuesta orilla a la Sibila y al guerrero en un lodazal cubierto de verde légamo.

Enfrente, tendido en su cueva, el enorme Cerbero atruena aquellos sitios con los ladridos de su trifauce boca. Viendo la Sibila que ya se iban erizando las culebras de su cuello, le tiró una torta amasada con miel y adormideras, la cual él, abriendo su trifauce boca con rabiosa hambre, se tragó al punto, dejándose caer en seguida y llenando con su enorme mole toda la cueva. Al verle dormido, Eneas sigue adelante y pasa rápidamente la ribera del río, que nadie cruza dos veces.

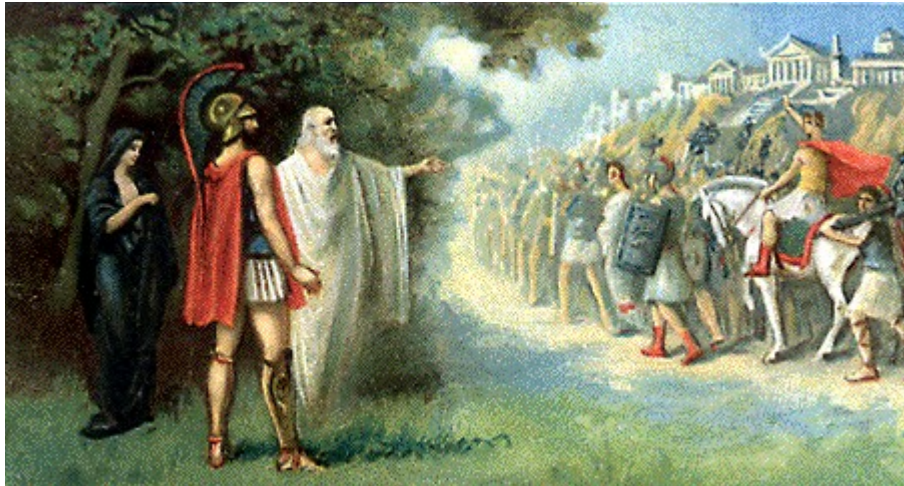


Entre las sombras vagaba por la gran selva la fenicia Dido, abierta aún en su pecho la reciente herida. Apenas el héroe troyano llegó junto a ella y la reconoció entre la sombra oscura, cual vemos o creemos ver a la luna nueva alzarse entre nubes, rompió a llorar, y así le dijo con amoroso acento:

- "¡Oh desventurada Dido! ¡Conque, fue verdad la nueva de tu desastre, y tú misma te traspasaste el pecho con una espada! ¿Y fui yo ¡Oh dolor! causa de tu muerte? Juro por los astros y por los númenes celestiales y por los del Averno, si alguna fe merecen también, que muy a pesar mío dejé ¡Oh Reina! tus riberas. La voluntad de los dioses, que ahora me obliga a penetrar por estas sombras y a recorrer estos sitios, llenos de horror y de una profunda noche, me forzó a abandonarte, y nunca pude imaginar que mi partida te causase tan gran dolor. Detén el paso y no te sustraigas a mi vista. ¿De quién huyes? ¡esta es la postrera vez que los hados me consienten hablarte!"

Con estas palabras, cortadas por el llanto, procuraba Eneas aplacar la irritada sombra, que, vuelto el rostro, fijos en el suelo los torvos ojos, no se mostraba más conmovida por ellas que si fuera duro pedernal o mármol de Marpesia. Aléjase al fin precipitadamente, y va a refugiarse indignada en un bosque sombrío.

Fragmento 6.-Anquises, el padre de Eneas, le muestra a su hijo la grandeza de Roma y sus emperadores.



¿Ves esos dos penachos que se alzan sobre su cabeza, y ese noble continente que en él ha impreso el mismo padre de los dioses? Has de saber, hijo mío, que bajo sus auspicios la soberbia Roma extenderá su imperio por todo el orbe y levantará su aliento hasta el cielo. Siete colinas encerrará en su recinto esa ciudad, madre feliz de ínclitos varones. Vuelve aquí ahora los ojos y mira esa nación; esos son tus romanos. Ese es César, esa es toda la progenie de Julio, que ha de venir bajo la gran bóveda del cielo. Ese, será el héroe que tantas veces te fue prometido, César Augusto¹³, del linaje de los dioses, que por segunda vez hará nacer los siglos de oro en el Lacio, y en esos campos que antiguamente reinó Saturno; en el que llevará su imperio más allá de los Garamantas y de los Indios, a regiones situadas más allá de donde brillan los astros, fuera de los caminos del año y del sol, donde el celífero Atlante hace girar sobre sus hombros la esfera tachonada de lucientes estrellas. Y ahora, en la expectativa de su llegada, los reinos Caspios y la tierra Meótica oyen con terror los oráculos de los dioses, y se turban y estremecen las siete bocas del Nilo.

¹³ El propósito final de la Eneida es atribuir un origen divino al emperador Augusto (sería descendiente de Eneas, que es hijo del mortal Anquises y de la diosa Venus) y a la fundación de Roma.